

timiento oscuro en ellos y que más tarde el hombre llama indignación. Añádase á esto que los niños tienen el dón de aceptar demasiado de prisa el final de una sensación; los contornos lejanos y fugitivos, que constituyen la amplitud de las cosas dolorosas, no los perciben. Libra al niño su debilidad de las emociones demasiado complejas. Vé el hecho y poco más á su lado. La dificultad de satisfacerse con las ideas parciales no existe para el niño. El proceso de la vida se instruye más tarde, cuando llega la experiencia cargada con sus legajos: entonces se verifica la confrontación de grupos de hechos opuestos, la inteligencia amaestrada y engrandecida compara, los recuerdos de la juventud reaparecen bajo las pasiones; esos recuerdos son puntos de apoyo para la lógica, y lo que era vision en el cerebro del niño, se convierte en silogismo en el cerebro del hombre. Además, la experiencia es diversa y produce el bien ó el mal según son las naturalezas. En las buenas lo madura, en las malas lo pudre.

El niño había corrido un cuarto de legua y había andado otro. De pronto sintió gran incomodidad en el estómago. Una idea, que al punto eclipsó la repugnante aparición de la colina, le ocurrió violentamente; la de comer. Felizmente el hombre tiene su parte animal, que es la que le hace volver á la realidad.

Pero qué había de comer? ¿dónde y cómo?

Se tentó los bolsillos maquinalmente, porque sabía bien que estaban vacíos. Después apresuró el paso. Sin saber dónde iba, se apresuró á andar en busca de una habitación posible.

Crear encontrar posada en semejante sitio es creer en Dios, porque en esa llanura llena de nieve nada había que se pareciese á un techo.

El niño andaba y andaba, y la tierra, arenisca é inculca, continuaba desnuda en el largo espacio que alcanzaba la vista.

Jamás existió allí habitación humana. En la falda del monte peñascoso, en los agujeros de las rocas, vivían en la antigüedad, por falta de bosques para construir cabañas, los hombres primitivos, que tenían la honda por arma, por leña para calentarse el excremento seco del buey, por religión el ídolo Heil, de pié, en una pradera en Dorchester, y por industria la pesca del falso coral gris,

que los galos llamaban *plin* y los griegos *isidis plocamos*.

El niño se orientaba como podía. El destino humano es una encrucijada de calles, y la elección de la dirección que se debe tomar es temible; el niño empezaba muy pronto á verse en la necesidad de elegir. Aunque seguía andando, empezaba á fatigarse. No había senderos en la llanura, y si los había, la nieve los borró. Por instinto continuó dirigiéndose hacia el Este. Afiladas piedras le desollaban los talones, y si fuese de día se hubieran visto huellas que dejaba en la nieve, las manchas rojas de su sangre. No conocía dónde se encontraba; atravesaba la alta llanura de Portland de Sur á Norte, y es probable que la cuadrilla con la que había él venido la hubiese atravesado de Oeste á Este para evitar encuentros. Al parecer, los comprachicos habían partido en alguna barca de pescador ó de contrabandista, de un punto cualquiera de la costa de Uggescombe, ya de Saint-Catherine Chap, ya de Swancry, para llegar á Portland y encontrar la urca que les esperaba, y ésta debió desembarcar en una de las bahías de Weston para ir á reembarcarse en una de las de Eston. Dicha dirección cortaba en cruz la que seguía ahora el niño. Era imposible que hubiera reconocido el camino.

La llanura alta de Portland tiene aquí y allá alturas ampulosas, arruinadas bruscamente por la parte de la costa y cortadas á pico sobre el mar. El niño errante llegó á uno de esos puntos culminantes y allí se detuvo, esperando á ver si encontraba indicaciones en mayor espacio y mirando á todas partes. Tenía ante él por todo horizonte una vasta extensión descolorida. La examinó con atención, y fijando en ella la mirada, pudo ver menos mal. En el fondo de un lejano pliegue de terreno, hacia el Este, bajo la dicha extensión descolorida, se arrastraban y flotaban vagos pedazos negros, una especie de arranques difusos. Esa extensión opaca y descolorida era la niebla, y esos pedazos negros eran humo. Donde hay humo hay hombres. El niño se dirigió hacia allí.

Entreveía á alguna distancia un descenso, y al pié del descenso, entre las configuraciones informes de las rocas que la bruma dibujaba, vió una apariencia de banco de arena ó de lengua de tierra, que unía probablemente á las llanuras del horizonte las altas llanuras

LIBRO SEGUNDO

La urca en alta mar.

I.

Las leyes que están fuera del hombre.

La tempestad de nieve es una de las cosas más desconocidas del mar. Es el más oscuro de los meteoros en todos los sentidos de la palabra; es una mezcla de niebla y de tormenta, y hoy día aun no se puede explicar satisfactoriamente este fenómeno; por eso ocasiona tantos desastres.

Se atribuye dicho fenómeno al viento y á las olas, pero en el aire existe una fuerza que no es la del viento, y en el agua otra fuerza que no es la de las olas; esta fuerza, que es la misma en el aire y en el agua, es el efluvo. El aire y el agua son dos masas líquidas, casi casi idénticas, y que se compenetran por la condensación y la dilatación; solo el efluvo es fluido. El viento y las olas son fuerzas impulsadoras: el fluido es una corriente. El viento es visible por medio de las nubes y las olas por medio de la espuma; el efluvo es invisible, y sin embargo, de vez en cuando dice: *Ya estoy aquí*. Su *ya estoy aquí* es un trueno.

La tempestad de niebla ofrece un problema análogo al del *brouillard sec* de los franceses, ó sea la calina de los españoles y el *qnohar* de los etíopes, que si alguno se resuelve ha de ser indudablemente por medio de la observación atenta del efluvo magnético.

Sin el efluvo una multitud de hechos quedarían sin explicación. Los cambios de la velocidad del viento, modificándose en la tempestad desde tres piés por segundo á doscientos veinte, motivarán las variantes de las olas subiéndose en el mar en calma desde tres pulgadas, hasta treinta y seis piés en el mar alborotado; la horizontalidad de los aires, hasta en tiempo de borrasca, hace comprender que una ola de treinta piés de altura pueda tener quince piés de longitud; pero ¿por qué las olas del Pacífico son cuatro veces más altas cerca de América que cerca de Asia, esto es, más altas al Oeste que al Este? ¿Por qué sucede lo contrario en el Atlántico? ¿Por qué en el Ecuador es en el medio del

mar donde son más altas? ¿De qué provienen las variaciones de sitio de las hinchazones del Océano? Todo eso es lo que solo el efluvio magnético combinado con la rotación terrestre y la atracción sideral puede explicar.

¿No es precisa esta complicación misteriosa para explicarse una oscilación del viento, yendo, por ejemplo, por el Oeste, del Sudeste al Noroeste, y dando la misma vuelta del Noroeste al Sudeste, de manera que haga en treinta y seis horas prodigioso círculo de quinientas sesenta, que fué lo que sucedió en la tempestad de nieve del 17 de Marzo de 1867?...

Las olas, durante la tempestad en la Australia, alcanzan hasta ochenta piés de altura, por su proximidad al Polo. La tormenta, en esas latitudes, resulta, no tanto del desencadenamiento de los vientos, cuanto de la continuación de descargas eléctricas submarinas; en el año 1866, el cable trasatlántico fué turbado en sus funciones en veinticuatro horas dos, desde las doce hasta las dos, por una especie de fiebre intermitente.

Ciertas composiciones y descomposiciones de fuerzas producen ciertos fenómenos que se imponen á los cálculos del marino, bajo pena de naufragio. El día que la navegación, que hoy es rutinaria, sea matemática; el día en que se trate de saber, por ejemplo, por qué en nuestras regiones los vientos calientes vienen á veces del Norte y los vientos fríos del Mediodía; el día en que se comprenda que las disminuciones de temperatura son proporcionadas á las profundidades oceánicas; el día en que adquiriera el espíritu la idea de que el globo es un enorme imán polarizado en la inmensidad, con dos ejes, un eje de rotación y un eje de efluvios, separados en el centro de la tierra, y que los polos magnéticos dan vueltas alrededor de los polos geográficos; cuando los que arriesguen la vida, la arriesguen científicamente; cuando se navegue sobre la inestabilidad estudiada; cuando el capitán sea un meteorólogo; cuando el piloto sea un químico, entonces, y solo entonces, se evitarán muchas catástrofes.

El mar es tan magnético como acuático; un Océano de fuerzas flota desconocido en un Océano de olas. Ver solo en el mar una masa de agua, no es ver lo que es el mar; el mar es un vá y viene de flúido, tanto como es un flujo y reflujó de líquido; las atracciones la complican quizás más que los huracanes; la adhesión molecular, manifestada, entre

otros fenómenos, por la atracción capilar, microscópica para nuestra vista, participa en el Océano de la grandeza de las extensiones; y la onda de los efluvios, unas veces ayuda y otras contraría la onda del aire y la onda de las aguas. El que ignora la ley eléctrica ignora la ley hidráulica, porque la una se implica en la otra. Ciertamente no hay estudio más árido ni más oscuro, porque está próximo al empirismo, como la astronomía está muy cerca de la astrología; pero, sin embargo, sin ese estudio no se puede saber navegar.

Dicho esto, pasemos adelante.

Uno de los agregados del mar más temibles es la tormenta de nieve, que antes que todo es magnética. La produce el Polo, como produce la aurora boreal; aquella existe en la niebla como ésta en el resplandor y en el copo de nieve, y como la estría de la llama es visible el efluvio.

Las tormentas son las crisis de los nervios y los accesos de delirio del mar. El mar tiene sus jaquecas. Se asemejan las tempestades á las enfermedades: unas son mortales, otras no: se sale de éstas y no de aquellas. La borrasca de nieve es habitualmente mortal. Jarabija, uno de los pilotos de Magallan, la calificaba de "una nube salida del lado del diablo," (1).

Surcouf decía: "La tempestad de nieve tiene algo del cólera morbo. Los antiguos navegantes españoles llamaban á esta borrasca *la nevada* en el momento de caer los copos, y *la helada* cuando caía granizo ó piedra, y creían que con la nieve caían del cielo murciélagos."

Las tempestades de nieve son propias de las latitudes polares; sin embargo, á veces se deslizan, ó mejor dicho, caen sobre nuestros climas.

La *Matutina*, como ya dijimos, al abandonar á Portland se había empeñado en esa aventura nocturna que la aproximación de la tempestad agravaba. Afrontaba esa amenaza con una especie de audacia trágica. Sin embargo, insistimos en ello, estaba advertida.

II.

Se fijan las siluetas del principio.

Mientras la urca no salió del golfo de Portland, el mar no estaba alborotado, las olas eran pacíficas, y aunque

(1) Así lo dice en español el autor francés.

rugiese el Océano, el cielo estaba claro aun. El viento apenas agitaba la embarcación. La urca se alejaba cuanto podía del monte peñascoso, que era un buen resguardo.

Eran en el buque tres hombres de tripulación y siete pasajeros, dos de ellos mujeres. A la luz del crepúsculo, en el mar se veían aquellas figuras distintas y claras. Como no estaban inquietos, no se ocultaban, y cada uno recobraba la libertad de acción, lanzaba un grito y enseñaba el rostro. Partir para ellos era libertarse.

Chocaba lo abigarrado del grupo. Las mujeres no se sabía de qué edad eran; la vida errante causa vejez precoces y la indigencia arruga. Una de las mujeres era vascongada, y la otra, la del rosario grueso, era irlandesa. Tenían el aire diferente de los miserables. Cuando entraron en la urca se acurrucaron una cerca de la otra, sobre dos cofres, al pié del mástil; allí hablaban las dos. El irlandés y el vasco son dos lenguas parientas. La vascongada llevaba el cabello perfumado. El patron de la urca era de Guipúzcoa; uno de los marineros era vasco de las vertientes del Norte del Pirineo y el otro vasco de las vertientes del Sur, de la misma nación, aunque el primero era francés y el segundo español, pero los vascos no reconocen la patria oficial. *Mi madre se llama la montaña*, decía el arriero Zalarens. De los cinco hombres que había en compañía de las mujeres, uno era francés del Languedoc; otro francés provenzal; uno genovés; el viejo que llevaba el sombrero sin agujero para la pipa parecía alemán, y el quinto, que era el jefe, era vasco. Este fué el que en el momento de querer pasar el niño echó al mar la tabla-puente. Este hombre, robusto, pero ágil y cubierto de pasamanerías y de olopeles, como dijimos, no podía permanecer tranquilo en ningún sitio: se inclinaba, se enderezaba, iba y venía sin cesar de una parte del navío á la otra, inquieto por lo que acababa de hacer y por lo que pudiera sucederle.

El jefe de aquella partida, el patron de la urca y los dos hombres de la tripulación, vascos los cuatro, hablaban en vascongue, ó en español ó en francés, las tres lenguas esparcidas por los Pirineos. Los demás, exceptuando las mujeres, todos hablaban casi en francés, que era el caló de la partida. La lengua francesa, desde esa época empezó á adoptarse en los pueblos como intermediaria entre el exceso

de consonantes del Norte y el exceso de vocales en el Mediodía. En Europa hablaba francés el comercio y el robo también. Recordamos que Gibby, ladrón de Lóndres, entendía á Cartouche, ladrón francés.

La urca voladora andaba muy de prisa, llevando diez personas, con todos sus bagajes, lo que era mucha carga para tan débil embarcación.

Que el navío salvase á la partida, no implicaba necesariamente que la tripulación estuviese afiliada á ésta: era suficiente motivo el ser vascongados el patron del buque y el jefe de la partida, porque socorrerse mutuamente es en esta raza un deber que no admite excepciones. Un vasco no es ni español ni francés, es solo vasco, y siempre y en todas partes debe salvar á los suyos. Tal es la fraternidad pirenaica.

El tiempo que la urca pasó en el golfo, aunque el cielo mostraba mal aspecto, no lo presentaba tan malo que inquietase á los fugitivos. Como escapaban, como iban á salvarse, estaban brutalmente contentos. Unos reían y otros cantaban; la risa era seca, pero libre, y el canto era detestable, pero negligente.

El hijo de Languedoc gritaba: *¡Cuongagno! Cucaña!* que es el colmo de la satisfacción narbonesa; éste era un semimarinero natural de la ciudad acuática Gruissan, en la vertiente del Sur de la Glappe, marinero más que marino y más que marinero pescador. Pertenecía á la raza que usa barrete rojo; se persigna complicadamente, á la española; teta en la odre, rasqueta el jamon, se arrodiella para blasfemar é implora á su santo patron amenazándole: "Santo mio, concédeme lo que te pido, ó te arrojó una piedra á la cabeza." En caso de necesidad podía ayudar á la tripulación.

El provenzal, en el bajo-puente atizaba debajo de una marmita de hierro fuego de turba y hacia cocer la sopa. Esta sopa era una especie de puchero español, en el que el pescado reemplazaba á la carne y en el que el provenzal echaba guisantes, pequeños y cuadrados pedazos de tocino y pimienta roja. Uno de los sacos de las provisiones estaba abierto delante de él. Había encendida encima de su cabeza una linterna de hierro con vidrios de talco, que oscilaba pendiente de un clavo del techo del bajo-puente. A un lado y colgado también se balanceaba un alcion; porque era entonces creencia popular que un alcion muerto y suspendido por el pico, presen-

ta siempre el pecho al lado por donde sopla el viento.

Haciendo la sopa el provenzal, cada instante se metía en la boca el pico de una calabaza y se echaba al cuerpo un trago de aguardiente. Entre trago y trago masticaba un *couplet* de esas canciones labriegas en las que el objeto es nada y es todo, porque no se necesita más para componer una canción.

Partir, según lo que esto significa para el corazón ó para el espíritu, es un consuelo ó una aflicción. Todos parecían consolados, menos el viejo de la partida.

Este, que, como antes dijimos, parecía alemán, aunque tenía uno de esos semblantes de fondo perdido, en los que se borra la nacionalidad, era calvo, pero de tal modo, que su calvicie parecía una tonsura. Cada vez que pasaba por delante de la Virgen de proa se quitaba el sombrero y dejaba ver las venas hinchadas y seniles del cráneo. Una especie de abrigo usado y roto de sarga oscura de Dorchester, en el que se envolvía, medio ocultaba su traje, estrecho, apretado y abrochado hasta el cuello como una sotana.

Sus manos tendían á entrecruzarse maquinalmente, como para rezar. Su fisonomía era pálida: la fisonomía es un reflejo, y es un error creer que la idea no tiene color; esta fisonomía era indudablemente la superficie de un extraño estado interior; la resultante de un compuesto de contradicciones, que unas iban á perderse en el bien y otras en el mal; y para el observador, la revelación de un *casi humano* podía hacerle caer en la inferioridad del tigre ó elevarle sobre la superioridad del hombre. Esos caos del alma existen. Había mucho ilegible en aquel semblante; sus secretos llegaban hasta lo abstracto. Se comprendía que aquel hombre había conocido el instinto del mal, que es el cálculo, y el deo, que es el cero. En su impasibilidad, quizás aparente, estaban impresas dos petrificaciones: la del corazón, propia del verdugo; y la del pensamiento, propia del mandarín. Puede afirmarse, pues lo monstruoso tiene su manera completa de ser, que todo era posible en él, menos comoverse. Todo sábio es algo cadáver, y este hombre era un sábio. Con solo verle se adivinaba su ciencia, impresa en los gestos de su persona y en los pliegues de su traje. Tenía el semblante fósil, cuya seriedad contrariaba la movilidad rugosa del políglota, que llega hasta la mueca; era severo, pero sin hipocresía y sin cinismo. Era un soñador

trágico; el hombre al que el crimen deja pensativo. Tenía el entrecejo del trabucaire, modificado por una mirada religiosa; los escasos cabellos grises que le quedaban eran blancos junto á las sienas. Se veía que era un cristiano contaminado con el fatalismo turco. Sus dedos eran largos y flacos; su alta estatura tiesa y ridícula. Andaba lentamente sobre el puente, sin mirar á nadie y con aire siniestro. Sus pupilas estaban vagamente llenas del brillo del alma que está sujeta á las reapariciones de la conciencia.

De vez en cuando el jefe de la partida, brusco, estando alerta y trazando rápidos zigs-zags en el navío, iba á hablarle al oído, y el viejo le respondía haciendo signos con la cabeza. Era el relámpago consultando con la noche.

III.

Los hombres inquietos en el mar inquieto.

En el navío había dos hombres absorbidos en su pensamiento, el viejo y el patron de la urca (que no hay que confundir con el jefe de la partida); el patron miraba fijamente al mar y el viejo al cielo; las olas preocupaban al patron y el viejo parecía que estudiaba el zenit, pues acechaba los astros por los intersticios de las nubes.

Era el momento en que vá á empezar á anoecer y algunas estrellas se insinúan en el horizonte. Había mucha niebla en la tierra y muchas nubes sobre el mar.

Antes de salir de Portland-Bay, el patron, á quien preocupaba el aspecto del mar, hizo minuciosamente algunas maniobras, sin esperar á levantar el áncora. Pasó revista á todo el cordelaje, se aseguró de que el freno de los obenques estaba en buen estado y apoyaba bien las gambas, precauciones que toma el marino que piensa hacer temeridades de velocidad.

La urca tenía el defecto de hundirse una media vara más por delante que por detrás. El patron pasaba á cada instante de la brújula de camino á la brújula de variación, examinando por las dos pínulas los objetos de la costa con la idea de conocer á qué viento respondían. Al principio se declaró un aire de bolina; esto no le contrarió: él manejaba la caña del timón, fiando solo en sí mismo para no perder fuerzas, y el efecto del

timón se mantenía con la rapidez de la estela.

Como la diferencia entre el rumbo verdadero y el rumbo aparente es tanto mayor cuanto más velocidad lleva el buque, la urca parecía ganar hácia el origen del viento más de lo que ganaba en realidad. La urca no navegaba con viento largo, ni mucho menos, pero no se conoce directamente el verdadero rumbo que se navega viento atrás. Si se apercibe en las nubes largas bandas que convergen en el mismo punto del horizonte, este punto es el origen del viento; pero esa noche reinaban muchos vientos y estaba confuso el aire del rumbo; por eso el patron desconfiaba de las ilusiones del navío.

Pero dicho patron, al mismo tiempo que regia el buque hábilmente, con las pupilas inclinadas al mar examinaba todas las formas que iba tomando el agua.

En un momento dado levantó los ojos hácia el cielo y trató de ver si podía distinguir las tres estrellas de Orion, esas estrellas que se llaman los tres Magos, y de las que un proverbio de los antiguos pilotos españoles decía: *El que vé á los tres Magos no está lejos del Salvador*.

Esta mirada del patron coincidió con el aparte que rumió al otro lado del navío el viejo alemán:

—No se pueden distinguir ni el claro de los Guardias ni el astro Antares, á pesar de ser rojo. No se vé con claridad ni una estrella.

Esos dos hombres vigilaban, pero los fugitivos estaban tranquilos. Después de pasar la primera hilaridad de la evasión, se apercibieron de que estaban en el mes de Enero y de que el viento era helado.

Era imposible alojarse en la cala del buque, que era muy estrecha y que además estaba atestada de bagajes y de fardos; los bagajes eran de los pasajeros y los fardos de la tripulación, porque la urca no era un navío de placer, sino una embarcación contrabandista. Los pasajeros tuvieron, pues, que establecerse sobre el puente, y á esto los nómadas se resignaron con facilidad. La costumbre de vivir al aire libre contribuyó á que se encontrasen bien allí; los vagabundos son amigos de las estrellas y el frío les ayuda á dormir y á morir algunas veces. Pero aquella noche el cielo no estaba estrellado.

El hijo del Languedoc y el de Génova, esperando la cena, se acercaron á las mujeres, al pié del mástil, y se sentaron

allí. El viejo calvo permaneció de pié, donde estaba inmóvil é insensible al frío.

El patron de la urca, desde el timón que gobernaba, dejó escapar un grito gutural semejante al del pájaro que en América se llama el Exclamador; al oírle, el jefe de la partida se le acercó y el patron le dirigió este apóstrofe: — *Etche-co jaína*, palabras vascongadas que significan: "Trabajador de la montaña," que son entre los antiguos cántabros la entrada solemne en un asunto y que al mismo tiempo reclaman la atención. Después el patron, señalándole al viejo calvo con el dedo, entabló con el jefe de la partida un diálogo en español, pero en español montañés. Hé aquí las lacónicas preguntas y respuestas que mediaron entre ambos:

—Trabajador de la montaña, ¿quién es ese hombre?

—Un hombre.

—En qué lenguas habla?

—En todas.

—Qué es lo que sabe?

—Lo sabe todo.

—De qué país?

—De todos y de ninguno.

—Cuál es su Dios?

—Dios.

—Cómo le llamas?

—El loco.

—Cómo me has dicho que le llamas?

—El sábio.

—Qué es en tu partida?

—Lo que es.

—Es el jefe?

—No.

—Pues qué es?

—El alma.

El jefe y el patron se separaron, embebiéndose cada uno en su pensamiento, y poco después la *Matutina* salía del golfo.

Entonces empezaron para ella los grandes balanceamientos. El mar presentaba apariencia viscosa en sus descargas de espuma; las olas, miradas de perfil á la claridad crepuscular, se parecían á frascos de hiel. Aquí y allá una ola flotando de llano dibujaba hendiduras y estrellas como un cristal al que se han arrojado piedras; en el centro de las susodichas estrellas, en un agujero que dá vueltas, temblaba una fosforescencia, semejante á la reverberación felina de la luz oculta en las niñas de los ojos de los mochuelos.

La *Matutina* atravesó con valor, como valiente nadadora, el temible estremecimiento del banco Chambours. El banco Chambours, obstáculo latente de la sa-

lida de la rada de Portland, no es un portazgo, es un anfiteatro. Un circo de arena debajo del agua, con gradas esculpadas por los círculos de las olas, con arenal redondo y simétrico, alto como Yungfrau, pero mojado; un coliseo del Océano entrevisto por los buzos en la transparencia visionaria de su hundimiento en las aguas. Las hidras combaten en él, los leviatanes se encuentran allí; hay, según refieren las leyendas, en el fondo del gigantesco embudo cadáveres de navíos cogidos y colados por la inmensa araña Kraken, que también se llama el pez-montaña. Esas realidades espectrales, que el hombre desconoce, se manifiestan á su vista en la superficie del mar por medio de estremecimiento.

En el siglo diez y nueve el banco Chambours es ya una ruina. El rompeolas recientemente construido ha destrozado y deshecho á fuerza de resacas esta arquitectura submarina, como el dique construido en Croisic en 1760 cambió un cuarto de hora el establecimiento de las mareas. La marea, sin embargo, es eterna, pero la eternidad obedece al hombre más de lo que se cree.

IV.

Entra en escena una nube diferente de las otras.

El viejo, clasificado por el jefe de la partida primero de loco y después de sábio, no abandonaba su puesto. Después que pasaron el banco de Chambours, dividió su atención entre el cielo y el Océano; inclinaba la vista, luego la levantaba, escrutando sobre todo el Noroeste.

El patron confió el timón á un marinero, tomó algunas precauciones en el buque y abordó al viejo, pero no de frente; se quedó detrás de él, con los codos apretados en las caderas, las manos separadas, la cabeza inclinada hácia la espalda, con los ojos abiertos, las cejas altas y sonriendo con el extremo de los labios, en cuya actitud le colocaba la curiosidad que flota entre la ironía y el respeto.

El viejo, ya por hábito de hablar solo algunas veces, ya por apercibirse de que había á alguien detrás de él y esto le excitase á hablar, se aventuró en el monólogo siguiente, contemplando el espacio:

—El meridiano, por el que se cuenta la ascension recta, está marcado en este siglo por cuatro estrellas, la Polar, la silla de Cassiope, la cabeza de Andró-

meda y la estrella Algenib, que está en el Pegaso, pero ninguna de ellas es visible.

Estas palabras se sucedían automáticamente, confundiéndose en cuanto las decía y sin que él pensase que las estaba pronunciando. Salían de sus labios y se disipaban. El monólogo es el humo de los fuegos interiores del espíritu.

El patron le interrumpió, diciéndole:

—Señor...

El viejo, quizás algo sordo ó muy ensimismado, sin oírle, continuó:

—Hay pocas estrellas y mucho viento; éste abandona su camino para lanzarse á la costa y se arroja á ella. Eso sucede porque la tierra es más caliente que el mar y el aire en ella es más ligero. El viento frío y pesado del mar se precipita en la tierra para reemplazarle. Por eso en el cielo el viento sopla hácia la tierra por todas partes. Sería importante hacer largos giros entre el paralelo estimado y el paralelo presumido; cuando observada aquella no difiere de la latitud presumida más de diez minutos por cada diez leguas y más de cuatro por cada veinte, entonces se lleva buen camino.

El patron saludó al viejo, pero éste ni siquiera le vió. Este, que vestía casi el traje universitario de Oxford ó de Gatingue, no cambiaba su posición altiva y caprichosa. Contemplaba el mar como conocedor de las ondas y de los hombres; estudiaba las olas, pero casi como si intentase pedir la palabra en medio de su tumulto para enseñarlas algo, porque él participaba del magister y del augur; parecía un pedante del abismo.

Proseguía su soliloquio, dicho quizás para que lo oyese:

—Podría luchar si fuese una rueda la caña del timón. En la velocidad de cuatro leguas por hora, treinta libras de esfuerzo sobre la rueda pueden producir trescientas mil libras de efecto sobre la dirección. Más aun, porque hay veces en que se obliga á hacer á la rueda dos vueltas más.

El patron le saludó por segunda vez, repitiendo:

—Señor...

El viejo se fijó entonces en él: volvió la cabeza sin menear el cuerpo y le contestó:

—Llámame doctor.

—Señor doctor, yo soy el patron.

—Me alegro, le contestó el "doctor".

Así le llamaremos durante el diálogo que consintió entablar.

—Patron, ¿tienes algun octante (1) inglés?

—No.

—Pues sin él no puedes tomar la altura ni por detrás ni por delante.

—Los vascongados, le replicó el patron, tomaban la altura antes que existiesen los ingleses.

—Has medido la velocidad del navío?

—Sí.

—Cuándo?

—Ahora mismo.

—Por qué medio?

—Con el loch (2).

—¿Tuviste cuidado de fijar la vista en la madera del loch?

—Sí.

—¿El reloj de arena contaba treinta segundos?

—Sí.

—¿Estás seguro de que la arena no ha gastado el agujero?

—Sí.

—¿Hiciste la contraprueba del reloj por medio de la vibración de una bala de mosquete suspendida...?

—A un hilo encerado.

—¿Lo enceraste bien para que no alargase?

—Sí.

—Hiciste la contraprueba del loch?

—Hice la contraprueba del reloj de arena por medio de la bala de mosquete, y la contraprueba del loch por medio de la bala de cañón.

—¿Qué diámetro tiene esa bala?

—Un pié.

—Bien pesa.

—Es una bala antigua de la vieja urca de guerra *La Caja Grande*.

—¿Que pertenecía á la armada?

—Sí.

—¿Que llevaba seiscientos soldados, cincuenta marineros y veinticinco cañones?

—Cierto.

—¿Conque pesaste el choque del agua contra la bala?

—Con una romana alemana.

—¿Tuviste en cuenta la impulsión de las olas contra la cuerda que sostenía la bala?

—Sí.

—¿Qué resultado te dió?

—El choque del agua fué de ciento setenta libras.

(1) Octante: instrumento de astronomía que contiene la octava parte del círculo.

(2) Pedazo de madera que sirve para medir la velocidad de los buques.

—¿Es decir que el navío anda cada hora cuatro leguas francesas?

—Y tres holandesas.

—Esto es solo por exceso de la velocidad de la estela sobre la velocidad del mar.

—Sin duda.

—¿A dónde te diriges?

—A una bahía que conozco entre Loyola y San Sebastian.

—Ponte pronto paralelo al sitio de la llegada.

—Sí; lo más pronto que pueda.

—Desconfía de los vientos y de las corrientes: los primeros excitan á las segundas.

—Son unos traidores.

—Nada de palabras injuriosas, porque el mar oye. No insultes y concréteate á observar.

—He observado y sigo observando. La marea está en este momento contra el viento, pero muy pronto, en cuanto corra en su dirección, tendremos buen tiempo.

—Tienes derrotero?

—No, no para este mar.

—Entonces navegas á tientas?

—No; tengo brújula.

—La brújula es uno de los dos ojos y el mapa marítimo es el otro.

—El tuerto también vé.

—¿Cómo mides el ángulo que forma el camino del navío con la quilla?

—Tengo mi compás de variación, y además adivino.

—Adivinar es bueno, pero saber es mejor.

—Cristóbal Colon adivinaba.

—Cuando hay niebla, y cuando la rosa náutica dá vueltas con torpeza, no se sabe por dónde tomar el viento, y se acaba por no tener punto estimado ni punto corregido. Un asno con derrotero vale más que un adivino con sus oráculos.

—Todavía no se vé niebla en el viento y no veo motivo alguno de alarma.

—Los navíos no son más que moscas de la tela de araña del mar.

—Por ahora están bastante bien las olas y los vientos.

—Temblor de puntos negros sobre el agua son los hombres dentro del Océano.

—No auguro nada malo para esta noche.

—¿Quién sabe!...

—Hasta ahora no temo.

El doctor lanzó miradas hácia el Noroeste: el patron dijo:

—Ganemos el golfo de Gascuña y res-